

Diálogo de raíces

SANTIAGO ANDRÉS GÓMEZ SÁNCHEZ



LETRA X LETRA
—CUENTO—

Gómez Sánchez, Santiago Andrés

Diálogo de raíces / Santiago Andrés Gómez Sánchez. -- Medellín: Editorial EAFIT, 2019

182 p.; 21 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-585-5

1. Cuento colombiano. I. López Castaño, Óscar R., pról. II. Tít. III. Serie

C863 cd 23 ed.

G633

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Diálogo de raíces

Primera edición: agosto de 2019

© Santiago Andrés Gómez Sánchez

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-585-5

Edición: Juan Felipe Restrepo David

Corrección: Christian Martínez

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: *Retrato de una mujer*, 1895. Henri Julien Félix Rousseau (París 1844-1910).

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

Prólogo

“El elogio de los díscolos”

Óscar R. López Castaño..... 5

Diálogo de raíces

Respiración en el baño..... 21

No te me vas..... 27

Deja los huesos..... 41

Perdónanos tú las nuestras 48

Cada quien tiene sus razones 65

Otro era el que debía morir..... 77

Esta casa siempre será la tuya	116
No es jugando	131
Que llame ella	140
El que tenga oídos que oiga.....	154
¿Si tendremos con esto?.....	165
Diálogo de raíces.....	180

Prólogo

“El elogio de los díscolos”

En todas las épocas han existido los individuos díscolos. Tenerlos como inquilinos de la literatura ha posibilitado goces literarios que tal vez seres dotados de espíritu adoceñado nunca habrían podido crear, más bien habrían hecho abortar, pues estos, los obedientes de las reglas, se ciñen por la tiranía de los controles externos, los que suelen prevalecer sobre sus imaginarios aquietados.

Tener a los díscolos en un salón de clase no es empresa deseable ni fácil de manejar. Menos todavía si los comportamientos de ellos suceden en recintos escolares en los que la disciplina o el orden institucional están forjados para domeñar individuos comunes, de destino predecible, los mismos que más tarde serán mensajeros y guardianes de la dominación. Es también fácil de comprobar que las aulas de clase no ayudan a liberar a aquellos espíritus que puján por salirse de madre, pues constituyen jaulas para ellos.

En el arte y la literatura individuos de naturaleza díscola con su obra inusual, a veces de difícil abordaje, han sido inspiradores hasta el punto de que la sociedad les ha

perdonado sus excentricidades integrando su creación al acervo cultural humano. Es decir, la humanidad se ha beneficiado de su mérito creador; por esta razón, puede afirmarse que al someter su obra al estudio y al perpetuar su reconocimiento, la sociedad termina redimiéndolos y reverenciándolos. Sor Juana Inés de la Cruz,¹ Fedor Dostoievski, Arthur Rimbaud, Edgar Allan Poe, Malcolm Lowry, Charles Bukowski y Roman Polanski, entre los extranjeros² y Andrés Caicedo, Víctor Gaviria, Javier Mejía y Santiago Andrés Gómez, entre los nacionales más recientes, son unos cuantos nombres citables en el altar de los literatos y cineastas díscolos. Los últimos cuatro están asociados a colegios de la compañía de Jesús, todos ellos ligados al cine y a la literatura, todos ellos, como algunos de los genios extranjeros mencionados, han padecido la experiencia de las drogas y el alcohol y han recreado muchas de las vivencias desatadas por estados de obnubilación. Andrés Caicedo escribió narrativa, hizo crítica de cine y lo produjo antes

¹ “Hombres necios que acusáis / a la mujer sin razón, / sin ver que sois la ocasión / de lo mismo que culpáis” (extracto del poema “Hombres necios” de Sor Juana Inés de la Cruz). Esos mismos hombres, que quisieron silenciar su genio, dieron lugar a “La respuesta a sor Filotea de la Cruz”, la carta en la que Sor Juana se defiende de las acusaciones y críticas del obispo de Puebla. Sor Juana, desinteresada del matrimonio, para no asfixiarse con la disciplina impuesta por la orden de las Carmelitas descalzas recibe los hábitos en la orden de las Jerónimas y se interna en el convento de Santa Paula.

² Descarto a Sor Juana que desde el convento enfrentó a los hombres necios y, en tiempos de la Colonia, comenzó a desbaratar los clósets, esos que la cultura patriarcal usaba para esconder a los amantes masculinos y de los que por miedo a esa cultura se mantenían agazapados.

de suicidarse a los veinticinco años de edad. Víctor Gaviria ha sido poeta laureado, al tiempo que sus dos primeras películas, *Rodrigo D. No futuro* y *La vendedora de rosas*, fueron presentadas en la selección oficial del festival de cine de Cannes,³ Javier Mejía, con su opera prima, *Apocalipsur* ganó dos india catalina de oro en Cartagena de Indias.⁴ Santiago Gómez ha sido documentalista laureado con el Premio Nacional de Video Colcultura 1996 por su documental *Diario de viaje*, ha escrito incontable número de reseñas y ensayos sobre cine, y con *Diálogo de raíces* agrega un nuevo título narrativo a su prolífica producción.

En la obra de los díscolos nacionales mencionados sus personajes literarios y fílmicos están permeados por el uso y abuso de drogas y alcohol, y los formatos de sus obras riñen, en especial el lenguaje con el que se comunican, con la corrección y las formas puras y esmeradas dictadas por los cultos.⁵

Diálogo de raíces es una colección de doce relatos. Me valgo del término relato por su camaleónica forma,⁶ pues

³ *Rodrigo D.* en 1989 y *La vendedora de rosas* en 1998.

⁴ *Apocalipsur* resultó galardonada como mejor película nacional en el festival de cine de Cartagena de 2007 y obtuvo premio de los jueces del certamen.

⁵ De estos díscolos antioqueños, Víctor Gaviria se distancia cuando en sus filmes, y en algunos de los poemarios, se sale de su redil de la Floresta y Santa Lucía para sumergirse en escenarios de la ciudad, los de las comunas nororientales, que no hicieron parte de su lugar de crecimiento juvenil.

⁶ Con la que Barthes da inicio a su texto *Introducción al análisis estructural de los relatos*: “Innumerables son los relatos existentes. Hay, en primer

algunos de ellos son embotellables en la forma genérica del cuento prescrita por autores como Edgar Allan Poe y Horacio Quiroga, pero no la mayoría. En los casos de “Otro era el que debía morir” y el relato que le da el nombre a la colección, la desatención a la forma privilegia la información, hiperrealista en extremo. En el primero, un viaje pedestre al Cabo de la Vela, y en el segundo, una pesadilla que pareciera ser un apocalipsis que da lugar al nacimiento de un nuevo mundo. Concebir la factura narrativa asumiendo que la forma sucumbe ante el privilegio de la información, entona con lo que afirma José Iván, el narrador de “¿Si tendremos con esto?” quien, como si se tratara de un arte poética, dice que “a veces puede no ser tan importante la calidad de una obra como la realidad que resuena en ella”.

Conozco a Santiago Andrés desde mediados de los años ochenta cuando padecí su condición de discípulo —o quizá fue él quien sufrió el flagelo de mi condición de profesor severo en el colegio San Ignacio de Loyola en las clases de literatura latinoamericana y apreciación cinematográfica—. Mi simpatía por los díscolos con talento literario y estético hizo posible entre nosotros una amistad que perdura hasta hoy y que me lleva a prologar este libro en el que, como si se tratara de un yo poético, la carga confesional se amal-

lugar, una variedad prodigiosa de géneros, ellos mismos distribuidos entre sustancias diferentes como si toda materia le fuera buena al hombre para confiarle sus relatos” (p. 7). *Análisis estructural del relato*. México, Premia Editora de Libros, 1991.

gama a la ficcional desde el primer título de la colección, “Respiración en el baño”.

En efecto, las historias de los personajes de los relatos, los escenarios donde ocurren los hechos, y las fechas cuando ocurren, revelan muchos de los comportamientos de los narradores (Rafael, Manuel y José Iván),⁷ y el de Gastón, el personaje central de “Respiración en el baño”, tan próximo en la caracterización a los tres narradores que parece ser su mellizo univitelino.⁸ Todos tan díscolos como el estudiante ignaciano y autor histórico quien sustrae de su propia experiencia el material con el que erige las historias. *Diálogo* es un verdadero *patchwork*,⁹ o mezcla en que la ficción y la realidad aparecen confundidas. Este procedimiento es propio de las narraciones inscritas en la condición posmoderna. El arte, en la narrativa de Santiago Gómez, es edificado con la naturalidad de quien aborda con convencimiento que

⁷ Para decirlo con Mike Ball, no es un simple yo: “Un ‘yo’ narrativo que habla de sí mismo y un ‘yo’ narrativo que habla de otros” (p. 131). *La teoría de la narrativa (una introducción a la narrativa)*. Trad. Javier Franco. Madrid, Cátedra, 1990.

⁸ A tono con la idea de acontecimiento inherente a un personaje no se percibe un acontecimiento distinto entre los narradores y Gastón. Todos se desplazan por el mismo límite semántico. Lotman al hablar de campo semántico no se refiere al físico: “En un texto, acontecimiento es el desplazamiento del personaje a través del límite del campo semántico” (p. 285). *Estructura del texto artístico*. Trad. Victoriano Imbert. Madrid, Itsmo, 1988.

⁹ En *Ficción y dicción*, Genette define el *patchwork* como: “Una amalgama más o menos homogeneizada de elementos heteróclitos, la mayoría de ellos tomados de la realidad” (p. 50). Trad. Carlos Manzano. Barcelona, Lumen, 1993.

las formas inéditas pueden ser la realidad misma o que el entrelazamiento de los diálogos, gran parte de ellos mientras los personajes caminan o están dentro de un vehículo en movimiento, precipita preguntas, sirve para compartir pasajeras experiencias sexuales, para fumar un porro de marihuana o buscar a un amigo de andanzas. En toda esa vitalidad desbordada, el colegio, la universidad, la disciplina individual y la familia son difuminados porque, no lo dicen de modo explícito, esas manifestaciones de las instituciones modernas están por fuera de su radar ajeno a las culpas o al sentido del deber. En el único relato en el que el desplazamiento cede el turno a la conversación en torno a una mesa de comedor, “Perdónanos tú las nuestras”, la familia de Rafael celebra el típico almuerzo sabatino en el que no faltan los frijoles con aguacate ni el *sudao*. Representantes de tres generaciones se reúnen. Rafael, ausente por seis meses de estos rituales familiares, al parecer por diferencias de opinión política, recupera el ambiente familiar en el almuerzo de esa tarde. Ya casado el personaje con Estefanía, en “Perdónanos tú las nuestras” es el redil al que retorna el personaje luego de los vagabundeos urbanos entrevistados en los demás relatos. El apaciguamiento ha llegado a su vida si se infiere que el matrimonio con Estefanía es un contrato en el que, aun con zonas movedizas como puede inferirse del tenso diálogo entre los esposos en “No te me vas”, el retorno a la vida de familia es la opción que detiene el nomadismo urbano del personaje.

Diálogo se inscribe en la condición en la que los géneros literarios carecen de fronteras. En tal condición, la ficción y la autobiografía han firmado un pacto del que el oficio

de interpretar y el papel del crítico salen mal librados si se atienden a las axiologías modernas y a las clasificaciones ordenadas por los manuales literarios.

En *Diálogo de raíces* las experiencias vitales de los tres narradores y de Gastón, el único personaje introducido por un narrador en tercera persona, son tan fuertes y dominantes que si quisiera entenderse qué es un comportamiento posmoderno, en particular entre los decenios del ochenta y el noventa, bastaría observar algunas de las actuaciones de ellos para concluir que el hombre sedentario y aconducido por los deberes hacia sí mismo y hacia los otros en la sociedad moderna, no sirve de modelo de identidad en el imaginario de estos vagabundos urbanos.¹⁰ Es por ello por lo que Godofredo y Aura, los padres de Gastón, y Estefanía, la esposa de Rafael en “No te me vas”, son remanentes de un universo patriarcal en el que la religión, la moral y los celos son un telón de fondo desde el que ellos encarnan el imaginario de un pasado resistente a morir y cuya frustración a flor de piel aparece puesta al servicio de una tensión a punto de reventarse entre los personajes.

Los hechos y vivencias en los que se involucran estos jóvenes son tantos y tan dislocados del buen hacer que resulta

¹⁰ Hago uso libre del término del sociólogo Michel Maffesoli. El espíritu de relajamiento, rebeldía e inestabilidad en el modo de asumir el disfrute pasajero, el sexo, el goce alucinado a través del licor, la droga y las hierbas fumables que transportan a la levedad del ser recuerdan la idea del vagabundo descrita por el sociólogo francés en el capítulo correspondiente de *El nomadismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

diciente observar en Godofredo y Aura, en “Respiración en el baño”, el relato que abre la colección, a dos convidados de piedra, casi intrusos en su propio apartamento rumiando la impotencia cotidiana de ver deambular a su hijo drogadicto, alcohólico y vecino incómodo. Ellos poco hablan y hacen ante el hedonismo y vida disoluta de Gastón; poco saben de su mundo de afuera porque en el de adentro, el del hogar, solo conocen de él su mutismo, inhalan el humo de la marihuana que consume, se aturden con su voz de barítono cantando en el baño o escuchan impotentes las quejas del vecindario perturbado por las molestias causadas por tan incontrolable inquilino.

En entornos como el descrito, la egolatría de Gastón, de Rafael, el narrador de varios de los relatos, y de sus amigos se expresa en su falta de ideales –excepto el de la escritura en Rafael–. El listado de rasgos de este individuo narcisista se percibe en su disfuncionalidad rutinaria en el colegio, en la universidad, en las andanzas con los amigos, en su vagabundaje urbano o por donde quiera que transite. Dicho deambular logra su momento culminante en el relato “Otro era el que debía morir”, el más extenso y cargado de información, el que narra el viaje al Cabo de la Vela.¹¹ En este relato en particular, la información hiperrealista prevalece sobre la forma o envase genérico. El consumo de drogas, y alcohol, la profesión de fe a la música de Bob Marley convirtiendo al jamaiquino en guía de viaje y modelo

¹¹ El documental *Diario de viaje* y la novela *Madera salvaje*, de 2009, se ocupan de asuntos similares.

espiritual, los encuentros sexuales consentidos y furtivos con la mujer, amada como ave de paso, las desavenencias entre los viajeros, y las discusiones existenciales desasistidas de músculo ideológico, político o filosófico, son cosidos con lenguaje coloquial desprovisto de afeites.

Hay en el transitar de todos estos jóvenes una moral hedonista o para apoyarme en Lipovetsky,¹² una posmoral distanciada de la moral individual, responsable, la cultivada por las instituciones modernas y que en los relatos en que intervienen el padre y la madre de Gastón están caracterizados por el apego a la ley por la que se rige Godofredo, pensionado bien acomodado, y en la abnegación de Aura, ama de hogar atada a la creencia y fe católicas.

En suma, es el universo propio de un sector poco estudiado en la ciudad, el de individuos de clase media alta habitantes de El Poblado, Belén, La Castellana y Santa Lucía. Son vagabundos urbanos que reciben la asistencia de los padres de familia, estos anclados en el pasado moderno de instituciones fundadas en la moral del deber ser, el apego a la creencia y a las buenas costumbres.

Diálogo de raíces es todo lo anterior. Es la voz en alto de un díscolo que, como la mente anegada de alcohol del Cónsul en *Bajo el volcán* de Lowry, adquiere orden sintáctico en el aparente caos evocatorio, así como en *Diálogo* estados límite alcanzados por la droga (marihuana y cocaína) son aprehendidos a través de la inmersión esquizofrénica en la escritura concebida como acto liberador.

¹² Ver a Gilles Lipovetsky, capítulo II, “Edén, edén”, de *El crepúsculo del deber*. Trad. Juana Bignozi. Barcelona, Anagrama, 2011, pp. 46-81.

Los comportamientos de la juventud representada en *Diálogo* la expulsan de la *República* platónica, lo mismo que a su autor. Del ejemplo de sus manifestaciones de vida no se desprenden valores supremos para inspirar *Las leyes* de la ciudad pues, lejos de aspirar a la virtud de los dioses, los personajes la desdeñan. El despliegue de actuaciones con frecuencia no edificantes los margina de la belleza divina, pero los aproxima a las realidades espurias que les ha tocado vivir en la sociedad colombiana. Mostrar estas realidades requiere valor y convicción. Es esta una virtud de *Diálogo de raíces*. Quedan los lectores invitados a participar de la travesía de un díscolo confeso en su escritura.

Óscar R. López Castaño

Diálogo de raíces

A Lía Master Ríos

*Llegó a mí furtivamente una palabra,
mi oído percibió su murmullo*

Job, 4 : 12

*No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero,
y lo que detesto, eso es justamente lo que quiero*

Romanos, 7 : 15

*Los enviados dijeron: “Nuestro Señor sabe que nosotros
hemos sido enviados, pero no nos incumbe más
que la comunicación manifiesta”*

El Corán, 36, 15/17

Respiración en el baño

Godo despierta en su mullido lecho, temprano, y ve sin verlo el abigarrado cielo raso de su habitación. Mira después a Aura, su esposa de muchos años que, sigilosa, los labios trémulos, ya estaba en igual actitud y le corresponde al gesto, le sonrío. Godo deja caer la cabeza en la almohada.

—¡Ah...! dice aliviado.

—¿Qué pasa?

—Volví a soñar con ese hijueputa.

—¿Te persiguieron?

—Sí. Siempre parece de verdad.

Los dos permanecen en silencio.

—Mi amor... —lo llama Aura—. Recuerda que hoy te motilo.

—Es verdad. Entonces no me arreglaré hasta que te bañes y estés lista.

—Está bien.

Ella entra al baño, paso a paso, cabizbaja, cierra la puerta, observa su rostro en el espejo: sus ojeras no le gustan. Suspira: ¿serán gratuitas? Piensa en su hijo, Gastón. La despertó esta mañana, a oscuras aún, cuando él sacó la cabeza por la ventana de su cuarto y le gritó al vecino.

—¡Bueno, gran marica, asomate y resolvamos esto de una vez!

Y solo el silencio prosiguió, mientras Godofredo roncaba. Aura suspira.

Godo advierte que hoy no ha llegado a su apartamento la versión municipal de *El Tiempo* y se sienta en la sala a leer en *El Colombiano* quién se murió en la ciudad. Los minutos se le van en esas hasta que viene Albita, su empleada de siempre, a informarle que el desayuno está listo. Después del desayuno va a su habitación y se pone a ver noticias españolas en televisión sentado con rectitud en el pequeño sofá que la pareja ha acomodado al pie de la cama.

El desagüe gorgotea en el instante en que Aura, al salir de la cabina, piensa en Consuelo, su hija mayor, y ese sonido le recuerda los eructos de Godofredo cuando ella le menciona el tema. Se viste sentada en un banquito adentro del baño, como toda su vida, pero esta vez, como todos los días de los últimos meses, nada más se pone una sudadera en vez de sus ajustados vestidos de siempre, porque sus médicos le han recomendado usar ropa ligera. De hecho es un milagro que, a estas alturas de su enfermedad, una delicada combinación de insuficiencias hormonales, bañándose no se vaya al suelo. Ahora vive casi enclaustrada. Ya no se ve con nadie.

Tan solo hacía unos días Consuelo había vuelto a llamar a su madre y ambas habían hecho planes de reconciliación familiar, pero la hija mayor se había enfurecido y había colgado el teléfono cuando Aura la instó a que ese día le pidiera perdón a Godo “por tu mala conducta”. Sin embargo, lo más inquietante en las vidas de Godo y Aura son los

ejercicios de canto de Gastón bajo la ducha, con los cuales hace melodías sinuosas en su profunda voz de barítono que resuenan varias veces al día por el edificio provocando gran molestia en los vecinos.

Se detiene mientras se seca el pelo y mira sus ojeras con más atención. Abre la puerta del baño y le sonríe a Godofredo, que está sentado en el sofá. Él le envía un beso. Ella, renqueando, adelanta hacia el frente del espejo el banqueto en donde se ha vestido, ahora para que se siente su marido, se vuelve y saca del gabinete las tijeras y la máquina de afeitar. Godo entra al baño, se quita la camisa del pijama y dice:

—Ya empezó.

—¿Qué?

—Pues el circo de los Arango, ¿o es que no olés?

Aura prefiere callar. Acaricia, inexpresiva, el cabello blanco de Godo. Él eleva su rostro, cierra duro los ojos y aprieta la mandíbula.

—Que termine ya este martirio —se lamenta—, Dios mío.

—Gordito, no te desesperes así, todo tiene su arreglo...

—Sí. Mucho arreglo pueden tener los últimos quince años.

Aura empieza a cortarle las puntas del cabello, rebeldes. Él expresa una cansada resignación en su rostro, teñida de amargura.

—Si no fuera por ti, mi amor, yo ya hasta hubiera maldecido conocerte... —comenta.

Ella calla, mide el cabello con el peine, se muerde los labios, corta aquí.

—Mi amor... —se atreve—. Ya Gastón me dijo que está pensando seriamente en recluirse y desintoxicarse... Yo

lo animé a que lo hiciera lo más rápido posible y me dijo que quiere que pasemos el cumpleaños de Consuelo todos juntos... La familia reunida... Buscar a la niña y...

—¡Ni me la miente!

Aura parpadea, afirma con la cabeza sin detenerse, corta allá.

Gastón, en su habitación, entra al baño, se mete a la ducha de agua tibia, se arrodilla sin usar las manos y entona con los labios cerrados una nota que empieza a variar con intervalos sensibles y juguetones, medidos con las pautas de su propia respiración.

Aura alza las cejas, cambia el peine a la mano con que lleva las tijeras, mira el corte en el espejo.

—Tan bonito que canta, ¿no es cierto? —dice, acariciando el canoso y lacio cabello.

—Y todas las locuras que nos toca aguantarle desde que terminó el bachillerato son muy bonitas también, sí. Eso es la droga. Dopado hasta yo canto. Pues menos mal ya se dio cuenta de que está condenado: allá en la clínica no le van a aguantar la misa. Pero mencionármela a ella es amargarme la vida y no más, no es más que amargármela a mí.

—Pero gordito, no es para ponerse así... —le reconviene Aura con la voz rota.

—No, nunca es para ponerse así. Ellos sí tienen libertad hasta para ofender a Dios, pero yo tengo que quedarme callado y contento.

—Yo tengo todavía más razones para sentirme así y nunca me he quejado...

—No se queje, vivamos nuestra vida, pero la ramera que usted todavía tiene por hija no vuelve a entrar a esta casa mientras yo viva, y punto.

Aura traga saliva y sigue su labor: falta poco, solo hay que pulir las patillas con la máquina de afeitar.

Suena el teléfono y, como intenta hacer siempre, Aura se apresura a contestar en la extensión de su habitación. Luego vuelve a donde Godofredo, quien, gacho, se mira en el espejo.

—Era de la administración. Los Muñoz se mudan y Lucecita llamaba para decirnos que espera que no tengamos los mismos problemas con los nuevos vecinos.

—Pues ya que Gastón no abre esa ventana no creo que ahora haya mayor problema —razona Godo—. Pero yo no tengo cara para mirar a doña Luz. Yo me voy a poner a buscar apartamento en otro edificio.

Aura cierra los ojos y recita una oración entre dientes.

—¿Hablan de mí?

Gastón está recién bañado y recostado al marco de la puerta: el pelo le baja por detrás de las orejas hasta la nuca, su piel es pálida, verdosa, y su rostro a toda hora sonriente pero con la mirada melancólica de un ternero. Termina de entrar al baño para besar a sus padres, estos lo saludan con cariño y Godo se levanta, pues ya está listo. Mientras el padre se baña, Gastón se va a leer y Aura se pone a ver un programa de televisión en Televida, el canal católico de la ciudad: todo transcurre como un día de tantos.

Godo sale del baño en su pijama, entra al vestidor y se viste con la ropa que Aura le ha escogido la noche anterior. Luego se pone un sombrero de pescador que Aura le regaló un día para sus caminadas y se despide de ella con un beso rápido. Antes de salir alcanza a ver a Gastón embebido en la lectura de un grueso volumen de José Saramago (que

Godofredo le regaló a su hijo), sentado a la mesa del balcón, y el jefe del hogar se va con la intención de aprovechar y buscar apartamento en algunas de las construcciones por donde pase.



Al regresar, horas más tarde, con un gigantesco ramo de heliconias para su esposa, después de visitar las oficinas de varios edificios en construcción, el teléfono está sonando pero nadie lo contesta. Gastón sigue leyendo en el balcón mientras fuma y bebe tinto y Albita, acompañada por las baladas de La Voz de Colombia, está cocinando el abundante ajiaco que piensa servir de almuerzo.

A Aura, Godofredo la encuentra desgonzada, boquiabierta, en el sofacito de su alcoba, mientras el teléfono vuelve a repicar, frente a una transmisión de un Santo Rosario del Papa. Su gesto es el de cuando duerme, pero ahora su esposa no ronca, y a sus pies hay regada una pequeña multitud de blanquísimos pañuelos desechables. Desatento, Godo se acerca al teléfono y alza la bocina, sin hablar.

—Mami... Perdona por colgarte... ¿Has hablado con papá? Mamá... —Consuelo se ríe—. ¿Al fin estás llorando?